



Dulce y  
picante...  
como  
tú

**MARISA  
SICILIA**

**D.J.57**



Dulce y  
picante...  
como  
tú

**MARISA  
SICILIA**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2019 Maria Luisa Sicilia  
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Dulce y picante... como tú, n.º 239 - agosto 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.  
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.  
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.  
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.  
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.  
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1328-457-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Julio](#)

[Agosto](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

## Julio

Milicent Fortenberry se miró con disgusto en el espejo. Acababa de levantarse y no estaba en su mejor momento del día.

El moldeado que se había hecho hacía menos de dos semanas le había dejado el pelo como un auténtico estropajo. Además, todo ese volumen no le favorecía en absoluto. Parecía que tuviese un casco de astronauta por cabeza.

Cogió el cardador e intentó convertirlo en algo razonable sin demasiado éxito. Se rindió y lo recogió en un moño descuidado. Si no se daba prisa, cuando bajase, George ya se habría marchado y no lo vería en todo el día. Igual que el día anterior y que el anterior y el otro... Se puso una ligera bata de raso encima del camisón y bajó a la cocina. Su marido recogía el maletín.

—¿Ya te marchas? —preguntó con un tono que sonó agudo y molesto.

—Sí, tengo un poco de prisa. No me esperes para comer. Va a venir el delegado de la zona este. Iremos a Arby's.

Ella replicó antes de que llegase a la puerta:

—¿Y a cenar? ¿Vendrás a cenar?

George puso cara de fastidio.

—No empieces, Milie.

Odiaba que la tratase como a una niña, tanto como odiaba aquel estúpido nombre de quinceañera.

—No voy a empezar nada. Que te aproveche tu almuerzo —dijo amargada ya desde por la mañana temprano.

Él se detuvo fastidiado.

—Escucha. No te quedes aquí sola todo el día. ¿Por qué no vas al club? Janet me preguntó por ti. Dijo que te echaban de menos.

Al club a jugar al *bridge* con aquel montón de brujas. Justo en lo que estaba pensando.

—¿Y cuándo has visto a Janet?

—Estuvo en el concesionario la semana pasada. Quiere comprar un coche para Susan. Va a cumplir los dieciséis y será su regalo de cumpleaños. Oye —dijo molesto—, ¿de veras hace falta que te cuente todo esto? Ve al club y ella te lo explicará al detalle.

—Seguro.

George ignoró el retintín de su voz.

—Adiós, Milie.

La puerta se cerró. Ella suspiró y concentró su atención en la mesa de la cocina. Parecía que, en vez de solo George, hubiesen desayunado cuatro personas. Estaba harta de decirle que tenía que empezar a cuidarse. Milie había conseguido adelgazar siete kilos aquel invierno. Todos los que él había engordado.

Puso la radio porque tanto silencio la molestaba y Cindy Lauper saltó igual de efervescente y chispeante que la Coca Cola.

*But girls, they wanna have fun*

*Oh, girls just want to have fun*

*They just wanna, they just wanna*

Eso estaba un poco mejor. Tampoco a ella le vendría mal un poco de diversión, pensó solidarizándose con Cindy, moviendo la cabeza al ritmo de la música mientras sacaba el cartón de leche desnatada de la nevera.

Se sentó a la mesa y la visión de la cocina sucia y desordenada tras el paso como elefante en una cacharrería de George volvió a desanimarla. Mientras bebía su vaso de insípida leche aguada observó con rencor los restos de panceta del desayuno de su marido. Para colmo, Marita se había tomado unos días libres para visitar a su familia en Monterey. Tendría que encargarse ella misma de limpiar y recoger. Casi prefería largarse al club.

*That's all they really want some fun*

Cindy insistía en pedir diversión y Milie miró de refilón la caja de donuts. No debería. George no tenía la menor consideración. Sabía que estaba intentando adelgazar y dejaba aquello encima de la mesa. Claro que a él le daba exactamente igual. Por él podía ponerse como una auténtica vaca. Le daba todo lo mismo mientras le dejase ir y venir con sus comidas de trabajo y sus cenas de negocios. Sus negocios. Cualquiera que le oyese pensaría que George Fortenberry era un jodido genio de las finanzas, un hombre hecho a sí mismo, el auténtico superhéroe americano, pensó Milie resentida, recordando

al bueno de Ralph y su skyjama rojo, la serie favorita de su hijo Jason. Pero la realidad era que, si el padre de Milie no le hubiese dejado los cien mil dólares que necesitaba para poner en marcha el concesionario de coches, aún seguiría despachando tornillos en la ferretería de su tío Albert.

No luchó más contra la tentación y cogió un donut de chocolate. Su humor mejoró un poco y casi se enterneció recordando al joven George. Guapo, encantador, ardiente, más que adorable. Le había robado el corazón y se había quedado con ella como recompensa. La dulce, ingenua y estúpida Milie, el mejor partido de Mumford, Alabama. Casada a los veintiuno con un simple dependiente, embarazada a los veintidós y luego otra vez embarazada a los veinticinco. Desde luego, ya no podía hacerse nada respecto a eso, pero si hubiese dado marcha atrás en el tiempo, habría hecho las cosas de otra forma muy distinta.

Ahora, a los treinta y siete, tenía un marido con serios problemas de sobrepeso que la ignoraba y dos hijos que apenas le contestaban cuando les hablaba. En eso habían salido a su padre. George ya había dejado caer que no podría acompañarlos a Savannah en agosto. Si creía que iba a pasar las vacaciones sola, soportando la permanente cara de cabreo de George Jr. y la desquiciante hiperactividad de Jason mientras él hacía lo que le venía en gana en Mumford, estaba muy equivocado.

Por lo pronto, los chicos estaban de campamento en Tuscaloosa. Tenía un mes para ella sola.

«Sola, desanimada y aburrida», recitó para sí, al tiempo que en la radio la alegría contagiosa de Cindy Lauper era sustituida por el desgarró y las nubes de tormenta que vaticinaba Bonnie Tyler.

*Once upon a time I was falling in love*

*But now I'm only falling apart*

*Nothing I can say...*

Los acordes de piano la pusieron melancólica. Quizá George tuviera razón y debería volver al club. La perspectiva de mezclarse con aquel puñado de víboras dispuestas a despellejarla a la primera de cambio contribuyó a deprimirla. Y la peor era Janet. Desde su divorcio, se había soltado la melena y andaba desatada. A veces se le ocurría que George y ella... Trató de desechar la idea. Janet la odiaba desde que eran niñas porque Milie tenía los vestidos más caros y ganaba todos los concursos de reina de la belleza, y no solo porque su padre fuese el hombre más rico de Mumford. De joven era

auténticamente bonita. Ya hacía mucho de eso, pero Janet todavía parecía resentida. Aunque de ahí a interesarse por George... Se levantó de la mesa para no seguir alimentando aquellas ideas. Comenzó a recoger los platos y lo volcó todo de mal genio en el fregadero. Casi le habría regalado George a Janet envuelto con un lazo y con una tarjeta que dijese *Que te aproveche*.

*Nothing I can do*

*A total eclipse of the heart*

Oyó ruido fuera, pero no prestó atención. Sería Phil. Los martes iba a cortar el césped y a dar una vuelta al jardín. Normalmente, ni se veían. Hacía su trabajo y se marchaba, pero, al poco, oyó cómo llamaban a la puerta principal.

Dejó los platos y se acercó a abrir. Al pasar se echó un vistazo en el espejo del recibidor y se ajustó un poco más el cinturón de la bata de raso. Tenía pelos de loca y cara de recién levantada. No eran formas de abrir la puerta, pero Phil era como de la familia. Aunque le sacaba un par de años a George Jr. se habían criado prácticamente juntos. A ver qué quería Phil...

—¿Señora Fortenberry?

Parpadeó aturdida y boquiabierta. No era Phil. Era un chico algo mayor que Phil, pero no con más de veinte. Alto, fuerte, sin un gramo de grasa superflua que se advirtiese a través su camiseta de algodón, y con un rebelde flequillo rubio dorado cayendo sobre los ojos azules más salvajes e impactantes que Milie hubiese visto en su vida.

El chico la miraba atento y curioso. Milie solo pudo pensar en su pelo recogido de cualquier manera y en su bata rosa de andar por casa.

—¿Es usted la señora Fortenberry? —volvió a preguntar amable, con la vieja cantinela del sur, esa que los chicos de ahora despreciaban y procuraban evitar para que no los tachasen de paletos, colgando suave de sus palabras.

—Sí, sí, soy yo —atinó a decir Milie recuperando un poco la compostura y tirando más de los bordes de su bata.

—Eso pensé —dijo él con una sonrisa que dibujó dos hoyuelos simétricos a ambos lados de su rostro. Lo que Milie pensó fue que no se podía ser más insultantemente perfecto de lo que lo era aquel muchacho—. Me manda Phil.

—¿Phil? —preguntó Milie intentando recuperar su lugar y posición habitual sobre el planeta Tierra: vertical y con los pies en el suelo.

—Se ha roto un brazo y dijo que a usted no le importaría que le sustituyese para ocuparme del jardín o de cualquier otra cosa que pudiera necesitar —



respondió con otra sonrisa que volvió a dejarla deslumbrada y parpadeante.

Él se quedó callado, observándola. Milie comprendió que debía de parecer una auténtica idiota.

—Comprendo. Sí. Perfecto. No hay ningún problema. Puedes empezar cuando quieras.

El chico continuó parado en la puerta y ella empezó a ponerse nerviosa. ¿A qué demonios estaba esperando?

—Si me dice lo que quiere que haga... —sugirió en voz baja.

Milie volvió a sentirse muy, muy estúpida.

—¿No te lo ha dicho Phil? —preguntó con un tono que a ella misma le pareció chillón y agudo.

—Solo que le preguntase a usted —dijo con otra pequeña sonrisa a modo de disculpa.

—Ya —replicó tratando de reponerse de aquel alarmante ataque de atontamiento.

Por el amor de Dios. ¡Era solo un crío! Debía de tener... ¿cuántos? ¿Cuatro o cinco años más que George Jr.? Ese pensamiento la hundió por completo. Se dirigió a él más repuesta, pero aún enfadada por su —en comparación con el de él— penoso aspecto.

—Aguarda aquí —le pidió ya metida en su papel de mujer casada, responsable, madura y perteneciente a la mejor sociedad de Mumford—. Acababa de levantarme y no esperaba visitas. Voy a terminar de vestirme y después te enseñaré dónde están las herramientas.

Él le dirigió otra corta pero deslumbrante sonrisa y la seguridad de Milie volvió a desvanecerse un poco más. Subió las escaleras perpleja y algo avergonzada de sí misma. «Milicent Fortenberry, ¿se puede saber qué haces comportándote como una colegiala?».

Entró al dormitorio, se quitó la bata y el camisón y los tiró de cualquier manera sobre la cama deshecha. Rápidamente se puso una combinación, antes de que el pensamiento de que estaba desnudándose mientras estaba sola en casa con aquel chico se instalase con más fuerza en su cabeza.

«Podría ser tu hijo», se dijo mientras buscaba entre las prendas colgadas en el armario, pero enseguida rebatió aquella idea: «No, de eso nada». Su hijo tenía quince años y, por cierto, había sido madre bastante joven. Desde luego, George Jr. no se parecía en nada a este chico, ni tampoco sus amigos. A Dios gracias.

Se decidió por un vestido de verano del año anterior, que le quedaba mejor ahora que había adelgazado. De color beige, recto y ajustado al talle. Sencillo pero correcto, mejor que la bata. Del pelo prefería no opinar. Se quitó las zapatillas de andar por casa y se puso unas sandalias de tacón. «¿Demasiado tacón para salir al jardín? Mmmm». Quizá demasiado, sí, pero ese maldito chico le sacaba por lo menos veinte centímetros. Necesitaría un poco de ayuda para mirarlo a los ojos. «Por cierto, qué ojos», se dijo sintiéndose trastornar otra vez.

Él seguía esperando en el recibidor.

—Ven, te enseñaré el garaje. Phil llega y entra y tú puedes hacer lo mismo —añadió sintiéndose de nuevo inexplicablemente nerviosa.

—Usted primero —dijo él abriendo la puerta y acompañando el movimiento con un gesto de la mano para cederle el paso.

Una galantería pasada de moda y que no pegaba nada en un chico tan joven, pero que a Milie le hizo sentir como si acabase de escapar a una novela o a alguna de esas películas de las que George se reía cuando la sorprendía viéndolas de nuevo.

—¿Otra vez Escarlata O'Hara?

Maldito George. ¿Para qué se había inventado el vídeo si no era para ver una y otra vez tus escenas favoritas?

El sol de julio la cegó por un instante. Echó a andar con cuidado de no salirse de las losas del sendero para que los tacones no se le hundiesen en el césped. Phil venía una vez a la semana y todo estaba impecable. La hierba, solo un poco alta, lucía verde y brillante, y la piscina destellaba en azules tonos transparentes. Ahora que no estaban los chicos, solo se bañaba ella. «Demasiada piscina para una sola persona, Milie», sugirió una voz turbia que prefirió ignorar.

Abrió el garaje y el Ford Mustang V8 descapotable de George —con sus doscientos veinticinco caballos encerrados bajo su carrocería rojo fuego perfectamente encerada— se agitó con reflejos de acero, igual que una fiera que grita por ser liberada.

—Bonito coche —dijo él admirativo con un silbido bajo.

—Sí —reconoció ella con desgana, viendo cómo a él se le iba la vista, fascinado, hacia la aerodinámica y estilizada línea del Ford y se acercaba, atraído como por un imán, para acariciar la tapicería de cuero—. Es el ojito derecho de George —señaló sin disimular el resentimiento.

Él se giró, olvidando por un momento el coche, y la miró con una curiosidad que Milie ya había apreciado en él. Debió de notar que no estaba contenta.

—Su marido es muy afortunado de tener tantas cosas bonitas.

El resentimiento se desvaneció como por encanto.

—Ehhh... Le diré que te gusta —dijo esforzándose por que su sonrisa no pareciera demasiado estúpida—. Le vuelve loco que todos admiren su coche.

—¿Y no se lo ha llevado hoy?

—¿Al trabajo? No, nunca lo usa a diario. Lo reserva para ocasiones especiales: reuniones con los propietarios de otros concesionarios, el día del Presidente, el Cuatro de julio...

—Comprendo —dijo terminando de dar un rodeo valorativo alrededor del coche—. Yo no lo haría.

—¿El qué? —preguntó por seguirle la corriente y porque no podía despegar la vista de sus pasos.

—Ateorar objetos valiosos y no usarlos. Es un desperdicio.

Milie se quedó sin respuesta. Necesitó unos segundos para recordar por qué estaban allí.

—Bien, aquí está el cortacésped. Si necesitas cualquier cosa...

—Se la pediré.

—Eso es —asintió pensando que aquel era un momento tan bueno como cualquier otro para dejar de mirarlo embobada y volver a la cocina—. Te dejo para que puedas ir empezando. Avísame cuando termines.

Pero solo había dado un par de pasos cuando se dio la vuelta.

—Por cierto, no me has dicho cómo te llamas.

Él contestó regalándole otra sonrisa.

—Josh, señora.

—Josh. ¡Qué bonito nombre! —exclamó arrepintiéndose al momento de haber dicho semejante tontería. ¿Qué más daba un nombre que otro? Aunque se hubiese llamado Leopold habría estado igual de imponente—. Yo soy Milicent, pero puedes llamarme Milie. Tampoco soy tan mayor —señaló riendo tontamente y sintiéndose, ahora sí, absolutamente ridícula.

—No es mayor en absoluto —aseguró él posando en ella sus impresionantes y matadores ojos azules—, señora Fortenberry.

No fue lo que dijo. Fue cómo lo dijo. Las palabras derritiéndose en su boca como un caramelo. Por un segundo, se sintió atractiva, deseada y muy, muy

sexy. Luego reaccionó y se le pasó lo justo para despedirse sin tartamudear.

—Estaré dentro si me necesitas.

Él asintió con la cabeza y Milie salió sola al implacable sol de julio.

«Jesús».

—*No sé si podré hacerlo* —decía Lance a su abuela Angela—. ¿Y si sospechan?

—*Haz lo que te digo y deja que yo me ocupe de pensar* —respondió con frialdad Angela—. *Richard y esa mosquita muerta de Maggie Gioberti no se reirán de mí.*

El plano se centró en la cara de mala leche de Angela Channing y los créditos finales de *Falcon Crest* aparecieron en la pantalla. Milie suspiró. Le gustaba la malvada Angela, pero le gustaba más Richard Channing, claro que Maggie era tan sosa que no se merecía a Richard. Hacía mejor pareja con el pelmazo de Chase.

Los comerciales de la teletienda empezaron. Se levantó del sofá, ignorando los anuncios de cuchillos mágicos y las sartenes que nunca se pegaban, y fue hacia la ventana. El rumor sordo del cortacésped seguía sonando. Se dedicó a observar discretamente protegida por las cortinas.

Le daba mil vueltas a Lorenzo Lamas.

¿De dónde habría salido? No es que conociera a todos los habitantes de Mumford, la ciudad había crecido mucho, pero ponía la mano en el fuego a que no era de por allí. Tal vez era familia de Phil y estaba pasando en Mumford las vacaciones de verano.

«¿Y a ti qué te importa lo que esté haciendo, Milicent?».

Nada, a ella no le importaba nada, se dijo apartándose de la ventana, pero lo suyo era llamar a la madre de Phil e interesarse por el brazo roto de su hijo. Así a lo mejor se enteraba de algo.

La musiquilla de *El precio justo* comenzó a sonar en la tele. Marcó el número y la madre de Phil respondió al cuarto tono.

—Dígame.

—Arlene. Soy yo, Milie —dijo un poco insegura. No es que conversasen habitualmente—. ¿Está bien Phil? He oído que ha tenido un accidente.

—Ah, Milie. Te iba a llamar, pero entre unas cosas y otras... Te juro que me tiene de los nervios. No sé cómo no se rompió la crisma. Estaba haciendo

el idiota y se cayó. Ha destrozado la moto, pero no vamos a comprarle otra. Así aprenderá.

—Las motos son un peligro —señaló Milie—. Yo no dejo a Junior que las monte y George piensa lo mismo. Además, al año que viene ya podrá conducir.

—Los coches son más seguros, pero también se pueden accidentar con ellos —aseguró Arlene molesta. Tal vez porque su marido y ella no podían regalarle un coche a Phil.

—Sí, tienes razón —dijo Milie que no quería discutir con Arlene sobre seguridad vial—. ¿Y va a estar mucho tiempo escayolado?

—Le han dado para noventa días. Por eso se lo ha dicho al chico ese, Josh. Ha ido él, ¿no?

—Sí, creo que se llama así. No es de por aquí, ¿no?

—No, es de Tennessee o de Kentucky, no estoy segura. Por lo visto, su abuelo era Doug Parker. Se ha instalado en su casa. Phil dice que se la dejó en el testamento.

—¿La vieja casa de la avenida Spring? No es gran cosa.

Milie recordaba a Doug, un anciano huraño de mal aspecto, y el de la casa no era mucho mejor.

—Puede que sea gran cosa para él. No estoy muy convencida de que a Phil le convenga ser su amigo. Toda esta historia de las motos ha sido cosa suya. Andan los dos tratando de arreglarla, pero, si por mí fuera, le prendería fuego ahora mismo.

—Supongo que querrá establecerse —comentó Milie con la curiosidad un poco más satisfecha, aunque resultaba extraño que, pudiendo ir a cualquier sitio, alguien decidiese ir a parar a Mumford—. En fin, no te entretengo más. Dale recuerdos a Phil y dile que se mejore.

—Se lo diré. Saluda a George y a los chicos.

—De tu parte, Arlene.

Dejó el teléfono y se acercó a la ventana. Josh continuaba segando el césped. La pradera lucía diferentes tonos de verde allí por donde ya había pasado.

«Un chico con toda la vida por delante en busca de nuevas oportunidades». No es que tuviesen mucho en común.

El cortacésped se quedó en silencio. Milie lo vio vaciar el cestillo y limpiarse las manos en los vaqueros antes de dirigirse hacia la casa.

Volvió rápidamente al sofá y se puso a ver *El precio justo* como si le interesase muchísimo cuánto podía costar una lavadora.

Un par de suaves golpes sonaron en la puerta. Se levantó y tiró hacia abajo del vestido para alisar las arrugas que se le formaban en la cintura.

Allí estaba de nuevo.

—¿Ya has terminado? —dijo esforzándose por sonar amable.

—Así es. Espero que esté a su gusto.

Otra vez esa sonrisa y esa voz acariciadora.

—¿Cuánto te debo?

—Lo que le diese a Phil estará bien.

—Iré a por ello. Pasa, no te quedes ahí fuera.

Fue a la cocina y cogió el monedero. Dudó con los billetes en la mano. A Phil le daba quince dólares, pero no quería parecer tacaña. Al final cogió veinte.

—Aquí tienes —dijo tendiéndole el dinero—. Espero verte la semana que viene.

—Si sigo por aquí... —contestó con otra de aquellas desarmantes sonrisas.

—¿Estás solo de paso?

—Algo así. Pensé que habría algo para mí en Mumford, pero creo que me equivoqué.

—No hay gran cosa para nadie en este maldito lugar. Tienes mucha suerte de poder largarte cuando quieras —afirmó convencida—, pero si decides quedarte y puedo ser de ayuda... —se detuvo más cohibida—. Solo quiero que sepas que, si me necesitas, ya sabes dónde estoy.

Él rio con naturalidad y la miró con más simpatía.

—Lo tendré en cuenta, señora.

Milie renunció a pedirle que dejase de llamarla señora. Habría resultado un poco patético y, después de todo, no sonaba tan mal cuando él lo decía. Resultaba cálido y dulce. Todo él resultaba cálido y dulce.

Seguía mirándola con curiosidad. Milie se obligó a despertar. Se suponía que Josh ya tenía que haberse despedido, pero no lo hacía ni se marchaba y ella no sabía qué más podría decir. Así que quizá por eso se encontró proponiéndole aquello.

—Estoy pensando que Marita, la chica que me echa una mano con la casa, tiene vacaciones, y mi marido está todo el día fuera trabajando, y los chicos también andan de acampada en algún lugar del estado... —Milie rio un poco

histórica. ¿Por qué le estaba contando su vida?—. Lo que quiero decir es que me vendría bien que alguien me echase una mano con la piscina y las tareas más pesadas. —«¿Como por ejemplo, Milicent?!»—. Si no tienes nada mejor que hacer, claro —se apresuró a señalar mientras desechaba todas aquellas preguntas.

Él siguió observándola sin responder. Ella se sintió aún más incómoda.

—No tengo nada mejor que hacer —reconoció ladeando la cabeza y terminó la frase con otra deslumbrante sonrisa—. Se lo agradezco.

Milie asintió, mucho más contenta.

—Estupendo. ¿Entonces mañana a la misma hora?

—No faltaré —dijo con algo que sonó a complicidad, como si ambos compartiesen un secreto.

Se guardó el billete de veinte dólares en el bolsillo de atrás de los vaqueros y se despidió llevándose la mano a la frente, saludándola con un sombrero imaginario. Ella permaneció junto a la puerta, viendo cómo se subía a una Harley no muy grande y bastante vieja, pero que rugió potente cuando él accionó el contacto. Sonrió de nuevo, dio un par de acelerones y se alejó a toda velocidad.

Milie suspiró con mucha, mucha fuerza.

Los hombros le ardían, pero no pensaba moverse de la tumbona.

Se había puesto su bañador nuevo estilo años cincuenta, que le afinaba el talle y le realzaba el pecho, y rematado el conjunto con una pamelita negra ancha. Mientras, a pocos metros de ella, Josh se había quitado hacía bastante rato la camiseta y cavaba un profundo hoyo. Era el tercero. El sudor hacía brillar su piel y los vaqueros le caían alarmantemente bajos. Milie hacía como que leía una revista y la vista se le iba sola protegida por la seguridad de sus gafas negras de sol.

Se sentía igualita que Joan Collins. Fría, perversa y calculadora.

Había decidido introducir algunos cambios en el jardín. Recortar los setos, plantar varios rododendros y unas cuantas magnolias. Lo había comprado todo el día antes en el vivero. Las plantas medían más de dos metros y se las iban a llevar esa tarde con un camión. Mucho trabajo.

Josh se tomó un respiro, se pasó el brazo por la frente para quitarse el sudor y le echó un largo vistazo. Milie extendió más si cabe las piernas sobre

la tumbona. Era lo mejor que tenía. Bien torneadas y bonitas. Esperaba que él estuviese de acuerdo.

Le dedicó una sonrisa. A ella se le escapó otra antes de recordar que se suponía que estaba leyendo su revista. Hundió la cabeza en las páginas de *Cosmopolitan*, pero le pareció que él se reía un poco antes de ponerse otra vez a cavar. De acuerdo, tal vez no era lo suficientemente fría.

Eran las doce del mediodía y hacía un calor infernal. Su pose de mujer fatal le iba a costar quemaduras de tercer grado, pero se resistía a meterse en la piscina. No le gustaba demasiado bañarse y se le estropearía el peinado. Había estado en la peluquería y le habían dejado una estupenda melena corta ondulada, muy años cincuenta también, a juego con el bañador. Kathy decía que los cincuenta estaban volviendo y le había preguntado si quería teñirse de rubio platino. Milie había decidido que ya se había hecho bastantes estropicios en el pelo por ese mes. Además, era rubia natural.

No iba a arruinar su peinado metiéndose en el agua, en cambio, no estaría nada mal que Josh lo hiciera. Milie imaginó la conversación.

—¿Por qué no te das un baño, Josh? Hace tanto calor...

—No llevo nada debajo de los vaqueros, señora.

Tuvo que pasarse la lengua por los labios reseco. Su imaginación calenturienta le estaba jugando una mala pasada. Aunque, por lo bajos que llevaba los vaqueros, habría jurado que la realidad superaba a la ficción.

—No he traído bañador.

—Puedo dejarte uno de...

¿De quién? ¿De George? Prefería no imaginar a Josh con uno de los bañadores XXXL de George. ¿De Junior? Eso también prefería no imaginarlo. Incluso en su fantasía todo eran inconvenientes. Decidió saltarse esa parte.

—¿No te apetece un baño, Josh?

—*Me ha leído el pensamiento, señora* —dijo la versión corregida y complaciente de Josh con una sonrisa de buen chico—. *Era justo lo que estaba pensando.*

El Josh imaginario se soltó la hebilla de su cinturón ancho de piel y se bajó los vaqueros. Se quedó solo con unos *boxers* negros sobre su escultural cuerpo desnudo. Después le dedicó otra sonrisa y saltó a la piscina con un estilo digno del mismísimo Greg Louganis.

Las gotas de agua imaginaria salpicaron a Milie.



Josh hizo unos cuantos largos a estilo crol y salió del agua con solo el impulso de sus fuertes y poderosos brazos.

—*Está estupenda* —dijo con una mirada salvaje, chorreando agua por todos los poros de su cuerpo.

Entonces se sentó junto a ella, que lo miraba extasiada en la tumbona, y la besó. Estaba frío y mojado y era justo lo que necesitaba.

—*Señora Fortenberry...* —dijo él.

Era tan perfecto que Milie casi creía sentirlo. Sus manos frescas sobre la piel que ardía. El agua goteando encima de ella. Sus labios húmedos...

—¡Señora Fortenberry! ¿Me oye? —gritó él más fuerte. Milie se espabiló y lo miró todavía un poco alelada—. Le decía que si aquí le parece bien.

—Ehhh... Sí, sí —dijo ella. Habría dicho que sí a cualquier cosa—. Ahí estará perfecto.

Josh comenzó a cavar otro hoyo y ella se dijo que, si seguía así, pronto no distinguiría la realidad de las alucinaciones.

Llevaba más de una semana inventando excusas para tener ocupado a Josh y las ideas empezaban a agotársele. En cambio, las fantasías empeoraban por momentos. Tenía que hacer algo, pero es que era demasiado para cualquiera tener a semejante ejemplar de hombre semidesnudo en su jardín. Además, no todo era culpa suya, se decía justificándose. Ese chico le echaba unas miradas capaces de hacerla arder por combustión espontánea. Aunque, por supuesto, aquello no era más que un coqueteo inofensivo. Estaba casada y él era demasiado joven para estar realmente interesado.

«Lo era, ¿no?».

Su mirada furtiva la hizo dudar de nuevo. No pudo evitar corregir la postura y enderezarse un poco más.

Un coche pasó por la calle con las ventanillas abiertas y la música a todo volumen. Se paró delante de la valla y *Material Girl* inundó el jardín acompañado por la voz chillona de Susan Harris.

*Some boys try and some boys lie*

*But I don't let them play*

—¡Hey, Josh!

Susan y sus amigas asomaron la cabeza por las ventanillas del recién estrenado coche de Susan. Josh las saludó con la mano. El motor se detuvo, pero no la música, y tres réplicas de Madonna bajaron y se acercaron a la verja por el hueco que dejaba un aligustre medio seco. Milie anotó

mentalmente otro cambio urgente que hacer en el jardín: tapar ese hueco.

—¿Qué hay, gatitas?

«¿Gatitas?».

El corazón ajado de reina malvada de Milie dio un vuelco apuñalado por el rencor y la envidia hacia aquellas adolescentes de vientre plano que lucían el ombligo al aire y no necesitaban sujetador.

—Te hemos visto y hemos parado a saludarte —dijo Susan que llevaba la voz cantante—. Buenos días también para usted, señora Fortenberry —dijo educada, levantando más la voz.

Milie respondió con un gesto desganado. Estaba visto que era igual de falsa que su madre.

—Esta noche vamos a ir todos a Sweeney para celebrar mi cumpleaños. He pensado que a lo mejor te apetecía venir.

Las risitas de las amigas de Susan sonaron de fondo. Milie se indignó. Susan salía con el *quarterback* titular del instituto. ¿Qué hacía tonteando con un chico que no llevaba ni un mes en Mumford?

—Seguro, Susan —dijo Josh con su sonrisa de *cowboy*—. Allí estaré.

—¡Guay! —dijo ella dando un saltito sobre sus zapatos planos—. Nos vemos. Adiós, señora Fortenberry.

Milie no se molestó ni en levantar la mano.

*A material*

*A material*

*A material girl*

El coche arrancó y se llevó a las chicas y a Madonna. La calma volvió al jardín y Josh a su hoyo, pero se le había agriado el humor. Además, se estaba achicharrando.

Se levantó y fue adentro sin dar explicaciones. Hacía un calor horrible y estaba roja como una gamba. Subió a su cuarto, se metió a la ducha y abrió el agua fría. Casi sintió el vapor salir de sus hombros. Cuando ya estaba mojada se acordó del pelo. A la mierda el peinado de diez dólares. Cerró el grifo y salió de la ducha de peor humor que antes. Se embadurnó los hombros y la punta de la nariz de *after sun* y se miró en el espejo. Ya no se sentía una mujer fatal en absoluto, bueno, sí que se sentía fatal, pero en otro sentido.

Se extendió el *after sun* por la cara, se recogió el pelo mojado con una pinza y se puso una camisola de estar por casa. Por aquel día ya había tenido bastante sofisticación. Más valía que empezase a preparar la comida, aunque

total, George tampoco iba a ir a almorzar. Se haría una ensalada para ella sola y picaría cualquier cosa.

Estaba trasteando en la cocina cuando, al darse la vuelta, casi se chocó con él.

—¡Ah, Josh! —dijo tratando de recuperarse de la impresión—. Eres tú. No te había oído entrar.

—La puerta estaba abierta —se excusó—. Pensé que podría tomar algo fresco. Hace mucho calor.

—Sí que hace calor —dijo ella poniendo más distancia entre los dos y procurando adoptar su mejor actitud de atenta ama de casa—. ¿Quieres limonada? La hice esta mañana.

—¿No tiene cerveza?

—Cerveza, claro. Te traeré una.

Sacó la cerveza de la nevera y llenó un vaso de limonada para ella. Alguien tendría que bebérsela. Josh abrió la cerveza, le dio un trago y la miró por encima de la lata.

—¿No le habrá molestado que me parase a hablar con Susan y las chicas?

Casi se atragantó con la limonada.

—¿Cómo dices? Qué tontería. ¿Por qué iba a molestarme?

—No sé. Me pareció que no le gustaba —respondió sin dejar de mirarla.

—No, no... Es solo que no soporto a su madre y ella tampoco me cae muy bien, pero tú haces bien en salir y divertirte. Seguro que lo pasarás estupendamente esta noche —aseguró con una sonrisa que quería ser sincera.

—En realidad, no voy a ir a esa fiesta.

—Ah, ¿no?

—Solo le he dicho que sí para quitármela de encima. Es demasiado cría para mí. Ya sabe lo que quiero decir —señaló con su irresistible sonrisa traviesa.

—Vaya... Pues... —Milie rio un poco mientras intentaba pensar rápido algo coherente que decir y que no incluyese las palabras «Pues que se joda esa pequeña aprendiz de arpía»—. Pues se va a disgustar.

—Lo superará —dijo Josh dando otro trago a su cerveza y mirándola por encima de la lata.

Ella rio, por una vez de veras y con ganas. Estaba mucho más guapa cuando se reía.

—Ha cambiado de peinado —dijo él fijándose.

—Sí, es más cómodo. El calor, ya sabes...

—Me gusta también así.

Milie no supo qué contestar, así que no dijo nada.

—Tiene un poco de crema... —dijo Josh señalándose la mejilla con la mano.

Ella se llevó la mano en un acto reflejo siguiendo la dirección de su mirada.

—¿Ya?

—Casi.

Se acercó con un movimiento lento y le acarició la mejilla con la yema de los dedos.

—Ahora.

Simplemente, ocurrió. Ella supo que iba a hacerlo y no se quedó a esperar. Fue un impulso, como esos de los anuncios de desodorantes. Más que besarse se tropezaron. Ella se arrepintió casi al momento. Él no se arrepintió y se abalanzó sobre ella empujándola contra la encimera. Milie se dejó llevar como lo habría hecho si la hubiese arrollado un tren de mercancías. Era todo más atropellado que otra cosa, pero la piel le ardía como si no le hubiese hecho el más mínimo efecto el *after sun*, al menos hasta que les cayó encima un jarro de agua fría. En realidad, fue la limonada.

—¿¡Qué diablos...!?

Josh se apartó sobresaltado. Sin querer y con la emoción, Milie había dejado caer el contenido del vaso entre los dos. Se había empapado la camisola. Josh también se había mojado, solo que él no llevaba camiseta.

—Yo...Yo... Lo siento mucho —dijo apurada y chorreando limonada.

Él la miró un segundo, indeciso. Ella correspondió avergonzada. Cuando se quiso dar cuenta, ya estaban besándose de nuevo y esa vez les salió bastante mejor. Ella se dejaba y él le metía la lengua hasta las amígdalas, la apretaba muy fuerte. Y estaba tan duro... Y no se refería solo a sus abdominales.

Milie sabía que aquellas cosas sucedían, pero no a ella. No había pensado ir tan lejos. Ni siquiera había creído en serio que él pudiera intentarlo, pero estaba ocurriendo. Ya no era solo un beso. Josh la sujetaba por la nuca y lamía los restos de limonada por el escote.

—Sabe a azúcar, señora Fortenberry.

Se fundió. Se sintió Kim Basinger en *Nueve semanas y media*, lista para

que Josh le diese yogur con los dedos o le restregase un cubito de hielo por entre los muslos o le hiciese cualquier otra cosa delirante y prohibida. Delirante y prohibida para Milicent Fortenberry, claro está, pero no para la Milie que dejaba que Josh continuase su búsqueda de limonada por los lugares más insospechados.

La había subido a la encimera y bajaba por su estómago besándola, yendo más y más lejos. La voz que había conseguido acallar comenzó a escandalizarse. ¿De veras iba a hacer *eso* con un chico mucho más joven que ella? ¿En la cocina? Allí era donde su familia almorzaba todos los días. En esa encimera preparaba el desayuno a sus hijos. Cada mañana se sentaban a la mesa y los chicos tomaban los cereales mientras George leía la prensa económica y ella veía el programa de Oprah Winfrey.

¿En serio iba a serle infiel a su marido por primera vez después de dieciséis años de matrimonio y dos de noviazgo?

La cabeza de Josh estaba a la altura de sus piernas. Milie se estremeció, a medias fue placer y la otra mitad, pánico. Estaba tratando de inclinarse por uno u otro cuando un timbrado sonó justo en su oído.

Pegó un bote y le dio un rodillazo a Josh en la barbilla. Fue sin querer, pero a él debió de dolerle igual porque se quejó y se frotó la mandíbula.

—Auchh...

El teléfono sonó de nuevo, fuerte y acusador. Milie lo descolgó antes de que sonase una tercera vez.

—Residencia del señor y la señora Fortenberry —dijo sofocada, muy deprisa y muy alto.

Al otro lado, una voz femenina rápida y agresiva comenzó a recitar un discurso aprendido acerca de las innumerables ventajas de ser titular de determinada tarjeta de crédito. Milie entendió lo mismo que si le hablasen en chino. Se limitó a repetir:

—Ajá.

—...

—Ajá.

—....

—Ajá.

—¿Entonces da su consentimiento para que le enviemos su nueva tarjeta Gold y así comenzar a descubrir los servicios y las extraordinarias oportunidades de las que solo unos pocos elegidos pueden disfrutar?

Miró a Josh sin soltar el auricular, aún descompuesta, pero con la cabeza un poco más en su sitio. Él aguardaba a cierta distancia y Milie se creyó capaz de seguir adelante sola e intentar solucionar aquello.

—Gracias. Muchas gracias, señorita. Ha sido muy amable.

Colgó, pero se quedó sujetando el teléfono, recuperando aún el aliento.

—Yo... —empezó Josh.

—Por favor, no. —Le detuvo con un gesto. Se sentía muy avergonzada y empeoraría si hablaban de ello.

Se quedaron en silencio. Milie esperaba que comprendiera.

Y ocurrió.

—Será mejor que me vaya.

—Sí. Mucho mejor —dijo sin llegar a sonreír, pero estirando los labios.

Se marchaba, pero se paró al llegar a la puerta y trató de explicarse.

—No pretendía...

Era tan dulce, tan joven, total y absolutamente adorable. Milie sabía que no era su culpa. No había nada malo en él.

—Lo sé.

Él asintió antes de salir. Ella se impuso un último esfuerzo y lo llamó.

—¡Josh!

—¿Sí? —contestó con un destello en los ojos de quien no lo da todo por perdido. Milie tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para mostrarse firme.

—Será mejor que no vuelvas.

Aquel brillo desapareció, pero aceptó sin protestar.

—Como prefiera —dijo con una de sus sonrisas, haciendo honor al concepto sureño de buena educación. A Milie también se lo repitieron una y otra vez desde niña. «Sonríe, siempre sonríe»—. Adiós, señora Fortenberry.

—Adiós, Josh. —Había cruzado el umbral cuando Milie pensó que debía añadir algo más—. ¡Espera! —Se detuvo y le dirigió aquella mirada interrogante. Si tan solo se lo pidiese... Milie resistió la tentación y se despidió de él con sinceridad—. Solo quería decirte que ha sido estupendo conocerte.

Su sonrisa se hizo más abierta y dos hoyuelos idénticos reaparecieron en su rostro.

—Lo mismo digo. Si alguna vez necesita que la ayude con algo más...

—Te avisaré —dijo Milie acabando la frase.

—Eso es.

Entró en casa en cuanto lo vio cruzar el porche y, al poco, oyó el rumor de la Harley alejándose. Milie tenía la camisa empapada de limonada, las piernas temblorosas y la piel abrasada.

Habría pedido ayuda a gritos.

## Agosto

*Billie Jean is not my lover She's just a girl who claims that I am the one  
But the kid is not my son She says I am the one, but the kid is not my son*  
Michael Jackson negaba una y otra vez la paternidad del hijo de Billie Jean en la radio del Chevrolet mientras Milie esperaba paciente a que el semáforo cambiara de color. Eran las doce del mediodía, el sol caía a plomo sobre Mumford y el aire acondicionado del coche funcionaba a tope.

*Billie Jean is not my lover*

*She's just a girl*

El semáforo se puso en verde y Milie arrancó el Chevrolet. Conducía despacio y con cuidado. El Chevy no era como el Ford Mustang —intocable—, ni como los otros coches que George usaba a diario para ir y venir de casa al trabajo, modelos nuevos y recién estrenados que tomaba prestados del concesionario para que todos los vieran y quisieran uno igual. Era un coche aparatoso y robusto, que gastaba gasolina como si fuese agua y que empleaban para los desplazamientos familiares. Un coche de batalla, pero eso no impedía que George regañase a Milie por cada nuevo arañazo o abollón que aparecía en la chapa.

*People always told me be careful of what you do*

*And don't go around breaking young girls' hearts*

La última vez había sido a la vuelta de vacaciones. Al final se marchó a Savannah sola con George Jr. y Jason. Su marido pasó un único fin de semana con ellos y cuando Milie y los chicos regresaron —ella con tres kilos menos, un bonito bronceado y un vestido nuevo y muy favorecedor— todo lo que preguntó fue que cuándo había abollado el cromado del parachoques.

Milie aún sufría cierto remordimiento culpable —no por el parachoques abollado sino por su ataque de locura transitoria en la cocina—, así que lo



llevó al taller y se quedó una semana sin coche mientras lo arreglaban.

Ni pensar en usar el Mustang.

Había pasado la mañana en el centro comercial. Marita ya había regresado de su viaje e iba todos los días a darle una vuelta a la casa —excepto los fines de semana—. Los chicos se habían marchado de nuevo, esa vez a Miami, con los abuelos. La madre de Milie había telefoneado la noche anterior y le contó que Jason estaba entusiasmado porque su abuelo le estaba enseñando a navegar y que a Junior apenas le veían el pelo porque andaba detrás de una chica llamada Lucy.

Tras colgar el teléfono la asaltó la deprimente sensación de que sus hijos se divertían más sin ella. En Savannah, Jason se había negado a meterse en el mar porque unos días antes había visto *Tiburón*. Junior le preguntaba cada mañana y cada tarde que cuándo volvían a Mumford.

Y ahora no querían regresar de Florida.

*She says I am the one, but the kid is not my son* Crecían, era un hecho. Ya no la necesitaban como antes y lo que tenía que hacer era buscar algo con lo que llenar tanto tiempo libre. Así espantaría malas ideas. Hablando de malas ideas... Volvió a sentir el ardor, la dureza entre los muslos, el sabor en la boca y el jarro de limonada fría cayéndole por encima.

«—Sabe a azúcar, señora Fortenberry».

Algo denso y caliente le recorrió el cuerpo desde la cabeza hasta la planta de los pies.

Un chico montado en bici cruzó la calle sin mirar y Milie tuvo que frenar en seco. Los neumáticos chirriaron y el corazón estuvo a punto de salirse del pecho. El chico pasó a pocos metros del Chevy como si tal cosa mientras ella se quedaba al borde de un síncope.

Permaneció unos segundos parada en medio de la calle. Cuando consiguió recuperar el aliento, se reincorporó al tráfico e intentó volver a centrarse. ¿Por dónde iba? Eso era. Un empleo. Llevaba días dándole vueltas a la idea, buscando la ocasión para hablar con George, pero nunca la encontraba. ¿Y por qué pensarlo tanto? También ella podía lanzarse sin mirar antes.

Dio el intermitente y cambió de sentido, aunque no estaba permitido. El conductor que iba tras ella hizo sonar el claxon y le gritó algo —nada bonito—, pero Milie lo ignoró y puso rumbo a Fortenberry Cars and Motors.

*Billie Jean is not my lover*

*Don't Billie Jean*

En el asiento del acompañante llevaba las bolsas con las compras: unos zapatos de cincuenta dólares y un vestido a topos blancos sobre fondo cereza. Se cambió en los aseos del Duncan's Diner y salió de la cafetería hecha un pincel, con un labial rojo brillante a juego con la manicura recién hecha y un bolso de mano de color blanco. Varios de los hombres que se apostaban junto a la barra se volvieron a mirarla y lo mismo algunas de las mujeres. Entró en el concesionario pisando fuerte, con la seguridad de sentirse estupenda y diciéndose que, al fin y al cabo, la mitad de aquel negocio —si no más— era tan suyo como de George.

—¡Milicent! Vaya cambio... ¿Cuánto has perdido? ¿Cinco kilos? ¿Seis? Deja que adivine: ocho.

Janet Harris llevaba el pelo teñido de oscuro y cardado para darle más volumen. Eso, junto con el mono azul celeste —ajustado a la cintura y abierto en pico en el escote— acentuaba su parecido con la Diana de V. Además, era igual de lagarta.

—Apenas cuatro o cinco —dijo Milie que había perdido once y solo le faltaban tres más para recuperar el peso que tenía antes de quedarse embarazada de Junior.

—¿Cómo tú por aquí? ¿Has venido a ver a tu marido? George tiene que estar encantado contigo.

No se fiaba de Janet. Desde niñas habían competido. Se casaron con dos meses de diferencia, Janet se quedó embarazada de inmediato, Milie seis meses más tarde. Llevaba un año divorciada y parecía que se hubiese propuesto aventajarla también con eso.

—Algo así. ¿Y tú? ¿Quieres comprar otro coche?

—No —dijo entre risas tan falsas como sus pendientes de brillantes—. Ahora me dedico a la decoración. —Sacó una tarjeta del bolso y se la tendió—. George quería hacer algunos cambios en la exposición y le prometí que le aconsejaría. ¿No te lo ha comentado?

—Sí, ahora que lo dices, algo me contó —mintió Milie.

—Genial. Pídele que te enseñe los bocetos. Me encantará saber tu opinión.

—Lo haré. Te la daré.

—Estupendo. Me ha alegrado verte, deberíamos quedar más a menudo. Llámame alguna tarde y nos ponemos al día.

Janet se marchó dejando su seguridad hecha trizas.

«Vamos, Milie. Tú vales más que todo eso».

Se rehízo y avanzó hacia el interior. Lo primero que se veía al entrar a Fortenberry Cars and Motors era una réplica de KITT, el coche fantástico, con su carrocería negra metalizada y las luces rojas desfilando parpadeantes en el morro. A su lado, una reproducción en cartón a tamaño real de David Hasselhoff invitaba a acercarse a los clientes. La idea había sido de George y a sus hijos les había entusiasmado. El aire acondicionado mantenía el local a una temperatura agradable, el suelo era de mármol, había plantas de interior estratégicamente repartidas para hacer el espacio más acogedor, buena iluminación y una amplia gama de vehículos con los que satisfacer todas las necesidades. Milie era muy consciente de lo que había costado la última reforma, realizada hacía tan solo tres años, porque el dinero había salido de su bolsillo. Para ser más exactos, de lo que le ingresó su padre tras vender los terrenos para la construcción del centro comercial de Mumford y antes de mudarse a vivir a Florida. Y ahora Janet decía que necesitaban una reforma.

Sobre su cadáver.

—Buenos días, señora Fortenberry, ¡qué alegría verla! ¿En qué puedo ayudarla? ¿Quiere que le pida un refresco bien frío? ¿Aviso a su marido de que está aquí? O, si lo prefiere, puedo acompañarla a uno de los despachos para que esté más cómoda mientras aguarda.

Mike Stevens tenía treinta y un años, cinco de ellos dedicados a trabajar en el concesionario. Era uno de los comerciales con mejores cifras de ventas y era cobista y relamido hasta decir basta.

—No, no hará falta —dijo Milie olvidando, solo por el momento, a Janet y la reforma. Si empezaba a discutir con George, todos sus otros planes quedarían relegados. Era mejor ir por las buenas—. Solo venía a ver qué tal va todo.

—Va como la seda, como un pepino, si me permite la expresión. Hemos firmado tres nuevas matriculaciones en lo que llevamos de mañana, estamos a cien puntos de superar a Henderson and Sons en la clasificación estatal.

Henderson and Sons eran los eternos rivales, los competidores de la ciudad vecina, superarlos era una cuestión de amor propio para George.

—Es una noticia estupenda. Entonces, os vendrá bien que eche una mano.

—¿Echar una mano? ¿En qué sentido? —preguntó Mike ajustándose las gafas y colocándose en su sitio la corbata. Era un tic. Lo hacía cuando se

ponía nervioso. Milie ya lo había notado. Sucedió con frecuencia cuando estaba delante de George.

—Con las ventas, con los clientes... Llevo un tiempo dándole vueltas. Ahora que los chicos son mayores, tengo más tiempo libre, podría venir por las mañanas y ayudar en la exposición.

—¿Usted? Pero usted es...

—¿Sí? —dijo Milie animándole a seguir.

—Es la esposa del jefe. No sé si es buena idea que trate directamente con los clientes —dijo Mike envalentonándose.

—¿Por qué no? ¿Temes que los espante?

Enderezó los hombros, alzó el busto y levantó un par de dedos la barbilla. Se lo había enseñado su abuela: «Así se hace, Milie, déjalos sin palabras».

—No, no es eso, pero... ¿lo sabe el señor Fortenberry? —insistió Mike pinchando en el punto débil.

—Ese es un asunto entre mi marido y yo —replicó para desviar la cuestión.

En aquel momento entró un comprador. Milie lo conocía. Habían estudiado en el mismo instituto, aunque él iba unos cuantos cursos por delante. Tenía una explotación ganadera, por eso se consideraba autorizado a llevar sombrero, cinturón y botas de montar cualquier día de la semana y todos los meses del año.

—No es buena idea —señaló Mike viendo sus intenciones—. Deje que se encargue Fred —añadió refiriéndose a un empleado que se acercaba con desgana desde el otro extremo del local.

—Yo me ocupo —replicó sin escuchar—. ¡Walter! Cuánto tiempo sin verte...

—¡Milie! Vaya sorpresa. Deja que te vea, cada día estás más guapa. ¿Cómo demonios lo haces?

—Adulador —dijo dándole un golpecito en el brazo—. ¿Cómo están Betsy y las chicas?

—Bien. Ocupadas en sus cosas. Ya no quieren hacer planes con su padre, por eso he pensado en venir a echar otro ojo a las camionetas. Ando detrás de una.

—No me digas. Tenemos justo lo que estás buscando.

Le enseñó las *pickups*, bromeó con él, escuchó sus quejas sobre el novio de Cindy —llevaban tres meses saliendo y ya le metía en casa— y sobre Karen,

que estaba en el primer año de universidad y quería dejar los estudios y convertirse en actriz. Le aseguró que el motor de la camioneta resistiría cuando remolcase a las reses sacrificadas y que la amortiguación soportaría sin problemas los socavones.

—Está bien. Tú ganas. Di a tu gente que prepare los papeles y te firmaré un cheque.

—¡Mike! —llamó con su voz más armoniosa, irradiando felicidad.

—Enseguida, señor Bright. Lo tendremos todo listo en un periquete. Podrá llevársela hoy mismo.

—Has hecho una buena compra, Walter.

—Eso espero. Confío en ti, Milie.

Lo dejó a los mandos del vehículo. Mike se acercó y le habló confidencial:

—¿Cómo lo ha conseguido? Había venido a ver esa camioneta al menos diez veces.

—¿En serio?

—Como se lo cuento.

Se sentía radiante, se le había olvidado incluso el enfado de hacía un rato cuando George apareció en la exposición.

—¿Milie? ¿Qué estás haciendo?

—Ha vendido el Impala Pickup al señor Bright —le informó Mike aún entusiasmado.

—¿Tú?

—¡Eh, George! —dijo Walter al volante del Impala—. Tu mujer sí que sabe de esto. Tus empleados deberían aprender de ella.

—Me alegra que te hayas decidido. Te llevas un gran coche —aseguró mientras cogía a Milie del brazo y tiraba de ella para llevársela a las oficinas.

—¡Adiós, Walter! ¡Dale recuerdos a Betsy!

Tuvo que despedirse de lejos y a la carrera y lo último que esperaba cuando George la metió en el despacho, con el retrato autografiado de Ronald Reagan como testigo —un recuerdo de la contribución de Fortenberry Cars and Motors a la campaña presidencial— era lo que llegó a continuación.

—Pero ¿qué es lo que te pasa, Milie? ¿Echas de menos a los chicos? ¿No hay suficientes tiendas en Mumford?

—¿Qué te pasa a ti? ¿Se puede saber por qué estás enfadado? ¡Acabo de vender un coche! —exclamó sin entender. Vender coches era lo que más le gustaba a su marido después de las costillas con salsa barbacoa. Nunca se

cansaba de ninguna de las dos cosas—. Mike dice que Walter llevaba meses sin decidirse y yo lo he convencido.

—¿Y a qué crees que se debe? ¿A tus conocimientos sobre mecánica? Has llegado aquí con tu vestido nuevo y te has puesto a flirtear con él. ¿En qué lugar me deja eso? ¿Qué crees que dirá cuando enseñe el coche? Contará que George Fortenberry ha puesto a su mujer a vender coches porque no es capaz de hacerlo él mismo.

Se quedó con la boca abierta.

—No puedo creer lo que acabas de decir.

George aflojó el tono, pero no rectificó.

—Mira a tu alrededor, ¿cuántas mujeres ves vendiendo coches? Ninguna. No es jugar limpio.

—¿En serio crees que he flirteado con él?

Se acercó a ella y volvió a tratarla como a una niña.

—Sé que no lo hacías con mala intención. Anda, no te disgustes. ¿Por qué no vas a pasar este par de semanas a Miami con tus padres y los chicos? Hasta que empiece el curso. Yo tengo que asistir a la convención estatal, pero a finales de mes podré tomarme unos cuantos días. Nos reuniremos allí y haremos el viaje de regreso juntos.

—¿Y qué pasa con Janet? ¿Janet sí puede trabajar para ti? ¿Qué historia es esa de la reforma?

—Lo de Janet es distinto. Está pasando por una situación difícil a causa del divorcio y no veo qué hay de malo en que le echemos un cable. Siempre habéis sido amigas... Vuelve a casa. Ya hablaremos más despacio, y piénsate lo del viaje a Florida.

Salió de Fortenberry Cars and Motors con ganas de haberle preguntado a George si también ella tenía que divorciarse para que empezase a tomarla en serio.

No fue a comer a casa. Dejó el coche en la calle principal de Mumford, entró a una cafetería y pidió una hamburguesa con ración extra de patatas fritas y un batido de fresa. Salió borracha de calorías —y eso que no se acabó el batido y se dejó las patatas— y con un aspecto bastante más descompuesto que unas horas antes, sin rastro de carmín y con el vuelo del vestido arrugado.

Eran las tres de la tarde y el calor resultaba abrasador. Se sentía sudorosa y agotada. El coche ardía. Necesitaba aire acondicionado con urgencia. Dio el contacto y el motor no hizo nada. Nada de nada. Ningún ruido, no arrancó, ni siquiera se encendió la radio. Volvió a probar y lo mismo.

Lo intentó unas cuantas veces más hasta que se rindió. Salió del Chevrolet y caminó por la avenida Montgomery bajo un sol implacable. Había un taller un par de calles más abajo. Perteneecía al viejo Luke Parrish. No era donde lo llevaba habitualmente a reparar, George tenía otros talleres de confianza, pero se dejaría cortar la mano derecha antes de llamar y pedir ayuda a George.

Lo encontró. La puerta de chapa estaba abierta y del interior venía una música suave y de lo más evocadora. Le iba bien a aquella hora en la que el calor lo paralizaba todo.

*We'd go down to the river*

*And into the river we'd dive*

*Oh, down to the river we'd ride* Tardó un poco en adaptar la vista, acostumbrada a la claridad del exterior. La música provenía de un radiocasete, un Buick con el capó abierto esperaba a que lo reparasen. Había ruedas apiladas, radiadores, tubos de escape y otras piezas, todo desordenado y amontonado sin ningún criterio.

—¿Hay alguien? ¿Señor Parrish? ¿Luke?

No obtuvo respuesta. Imaginó que el dueño no tardaría en regresar y decidió esperar. Curioseó un poco. En la pared, junto a los habituales calendarios de chicas ligeras de ropa, había un póster del autor de *The river*.

*At night on them banks I'd lie awake*

*And pull her close just to feel each breath she'd take*

Estaba pensando que resultaba un poco extraño que Luke Parrish tuviese un póster de Bruce Springsteen —ya había cumplido los setenta y se había quedado en Glenn Miller— cuando una voz la sobresaltó.

—Señora Fortenberry...

Dio un brinco. Lo hizo. Pegó un pequeño salto, antes de forzar una sonrisa y darse la vuelta.

—¡Josh!

Sonó alto, muy alto, pero al menos no gritó. Por poco.

Llevaba un mono de tirantes encima de la camiseta blanca tiznada de grasa. Una grasa que también manchaba sus manos a pesar de sus intentos de eliminarla con un trapo. Pero seguía igual de adorable que un mes antes y, a

juzgar por su sonrisa —sincera y amistosa—, se alegraba de verla.

—No tenía ni la menor idea de que trabajabas aquí. ¿Te ha contratado el señor Parrish?

—No. Mejor aún. Me he hecho cargo del negocio. Hicimos un trato. Dijo que ya estaba cansado de andar arrastrándose debajo de los coches, que se merecía un descanso y que, si le pagaba un alquiler razonable, el taller era mío.

—Vaya —dijo Milie pensando que, si el alquiler ascendía a más de doscientos dólares, sería un robo, pero Josh parecía tan ilusionado que no se atrevió a decepcionarle—. Es toda una oportunidad.

—¿Verdad que sí? Quiero hacer algunos cambios. Darle una mano de pintura y colocar un letrero nuevo en la fachada, atraer a más clientes... Tengo muchas ideas. ¿Ha oído hablar del *tuning*? Ahí está el futuro. Hay gente dispuesta a pagar una auténtica fortuna con tal de personalizar sus vehículos.

Le enterneció. Transmitía tanto entusiasmo... Seguro que a todo le ponía las mismas ganas. Como cuando cavaba hoyos en su jardín o cuando la besó en la cocina.

«Milie, Milie...».

Escuchó la llamada al orden. Tragó saliva y se obligó a comportarse como una persona adulta.

—Creía que tenías intención de marcharte.

De hecho, asumía que se había ido. No había vuelto a tener noticias suyas. Los hoyos del jardín los taparon los trabajadores del vivero —nada que ver con Josh—. Cuando regresó de Savannah y no lo vio ni oyó hablar de él, supuso que ya se había marchado.

—Estuve fuera algunos días. Regresé para colgar el cartel de «Se vende» a la casa de mi abuelo, pero entonces me crucé con el señor Parrish y surgió la oportunidad. Pensé: ¿por qué no aprovecharla? ¿No cree que merece la pena luchar por un sueño?

La estaba mirando de aquel modo. Especial. Sí, ella también había tenido sueños, pero hacía tanto tiempo que ya no se acordaba de cuáles eran.

Habló sin pensar o, mejor dicho, dijo exactamente lo que pensaba.

—Eres tan joven...

Él rio, esa risa suave y divertida.

Le ponía la piel de gallina.



—¿Cuántos años cree que tengo, señora Fortenberry?

—¿Veintiuno? —dijo esperanzada. Sería terrible que fueran diecinueve.

—Voy a cumplir veinticinco. Quiero algo estable, dejar de andar rodando de un sitio a otro, y Mumford es tan buen lugar como otro cualquiera.

Se sintió tan aliviada que casi se le olvidó que seguía existiendo una muy considerable diferencia de edad —aparte de otros muchos impedimentos—. Más alarmas sonaron: «Demasiado cerca, Milie, demasiada tentación», pero las silenció todas.

—Pues te deseo lo mejor. Para prosperar solo hay que tener ganas de trabajar y dos buenos brazos —dijo repitiendo la frase que había oído pronunciar hasta la saciedad.

Desde luego, los brazos de Josh eran estupendos, incluso con toda aquella grasa y esa muñequera ceñida de cuero. No le habría importado que la estrechase entre ellos y le manchase el vestido nuevo.

—*Estoy loco por usted, señora Fortenberry. He vuelto porque no podía olvidarla. No quiero ir a ningún otro lugar. Lo que quiero es tenerla aquí, ahora, en este mismo momento. Quiero hacerle el amor a todas horas. Dígame que desea lo mismo.*

—¿Y qué es lo que la trae por el taller? Si puedo preguntarlo...

Se le había olvidado. Había olvidado por completo el coche y la avería. Era alarmante el grado de atontamiento que Josh le producía.

—Sí, verás...

El ruido de un motor interrumpió su explicación. Un automóvil entró en el taller y se detuvo a pocos metros del Buick. Era un modelo de colección, un Cadillac clásico, original de los años cincuenta, con el cromado del guardabarros reluciente, la tapicería impecable y la pintura sin un solo arañazo. Un coche inconfundible, como su dueño. Aunque no tenía mérito, todos se conocían en Mumford.

—Buenas tardes, ¿qué hay, Milie? Hijo... —saludó Ted Munroe. Ted era miembro del consejo local, republicano, metodista y buen amigo del padre de Milie—. ¿Dónde está Luke? Quería que le diera un repaso a Darleen.

—El señor Parrish me ha traspasado el negocio. Soy Josh Barry —dijo tendiéndole la mano tras frotarla contra el pantalón.

Ted aceptó el apretón con cierto recelo.

—¿Eso es verdad? Llevo muchos años trayendo aquí mi coche y Luke no me ha dicho nada. Sí que hablaba de jubilarse y marcharse a las Bahamas,

pero ¿quién iba a pensar que lo haría?

—Pues lo ha hecho. Aunque creo que no se ha ido a las Bahamas, sino a Maryland.

—Tenía una hermana allí —dijo Ted pensativo—. Vaya, esto es un contratiempo. No te lo tomes a mal, hijo, pero yo no dejo a Darleen en manos de cualquiera. Luke ha sido mi mecánico durante treinta años. Tengo que pensarlo bien antes de confiársela a otro.

Así eran en Mumford, poco dados a los cambios, desconfiados con los recién llegados, partidarios de hacer las cosas como se habían hecho mil veces antes. A Milie también la habían educado así, pero comenzaba a estar harta de tantas normas.

—Por el amor de Dios, Ted. Solo se trata de un cambio de aceite y comprobar el agua del radiador. Estoy segura de que Josh puede hacerlo tan bien como Luke o mejor. Si no damos oportunidades a nuestros jóvenes, ¿quién lo hará? Míralo, podría estar en San Francisco, haciendo surf en la playa o tocando en un grupo de rock y, en cambio, ¡ha montado un taller! —dijo Milie abriendo las manos y abarcando cuanto había a su alrededor. El efecto fue tan logrado que hasta Josh giró la cabeza para mirar el desangelado negocio que había heredado de Luke.

Ted se frotó la barbilla, como hacía siempre que tenía que tomar una decisión importante.

—Si lo miras así... ¿Tú qué dices, hijo? ¿Me aseguras que la tratarás bien?

—Mejor que bien, señor. Tendré tanto cuidado como si fuese mi chica y se tratase de su primera vez.

A Milie se le secó la garganta. A Ted le hizo gracia. Se echó a reír.

—Vaya, eso es toda una promesa. ¿Qué te parece, Milie? ¿Te fiarías de él?

—Por completo —dijo Milie dejando de morderse el borde interior del labio.

—No se hable más. Quédatela, pero si le haces un solo arañazo a mi princesa, prepárate para correr. No tendrás suficiente carretera para largarte de Mumford, como me llamo Ted Munroe.

—Descuide, señor Munroe. Déjela aquí y venga mañana a primera hora a por ella.

—Estaré en la puerta a las nueve. No me hagas esperar.

—No lo haré.

Le confió las llaves y Ted se marchó caminando después de darle unas

palmaditas cariñosas a su coche.

—Vaya. Eso ha estado... Uauhh. Ha sido muy impresionante. ¿Tocando en un grupo de rock?

Milie rio con él.

—Fue lo primero que se me ocurrió.

—Tiene razón, ¿sabe? —dijo señalando a Darleen, como llamaba Ted a su coche—. Si fuese mío, tampoco se lo dejaría a cualquiera.

—Es un bonito coche, pero estoy segura de que lo tratarás bien. Como... como a tu chica —dijo usando sus palabras.

—Mejor —sonrió él—. Es muy amable, Milie —dijo llamándola por primera vez por su nombre.

Estaba tan cerca, era tan alto, resultaba difícil resistir el deseo de cogerle por uno de los tirantes de aquel mono de trabajo, atraerle hacia sí y...

—¿Entonces crees qué podrás ayudarme con el coche? Está aparcado ahí fuera. Tiene que ser la batería —dijo cortando el hilo que los empujaba el uno hacia el otro, por un segundo se había visto cayendo otra vez.

Salió a la calle sintiendo que él la seguía, pero no miró atrás ni aflojó el paso hasta que estuvo frente al coche.

—Aquí está.

—Abra el capó.

Se metió dentro de aquel horno infernal e hizo lo que le pedía. Él echó un vistazo y tocó algo.

—Pruebe ahora.

Arrancó a la primera.

—¿Cómo lo has hecho?

—No era nada, un cable suelto. No hacía contacto con el borne.

Salió del coche sin parar el motor, dejando que el aire frío lo fuera refrigerando.

—Eres un gran mecánico. Te irá muy bien con el taller.

—Cualquiera lo habría visto, incluso usted si hubiera abierto el motor. Aunque era fácil pensar en la batería.

Milie se imaginó abriendo el capó del Chevrolet con su vestido rojo de topes blancos en medio de la avenida Montgomery. Definitivamente, prefería haber dado con Josh.

—Dime qué te debo —dijo echando mano del bolso.

—No es nada. Invita la casa. Y, si quiere quedarse más tranquila, vuelva

cualquier tarde y le haré una revisión a fondo.

Una revisión a fondo. Sonaba prometedor. Eso era lo que decían sus ojos, lo que insinuaban sus labios: promesas, muchas dulces y tentadoras promesas.

—Lo pensaré —dijo Milie antes de arrancar, con la misma frase impersonal y de compromiso que usaba cuando querían venderle una aspiradora.

La diferencia estaba en que, en esa ocasión, habría estado encantada de comprar.

*—No permitiré que nadie te arrincone. Vamos.*

Johnny se llevó a Baby de la mesa, la subió al escenario, cogió el micrófono y la reivindicó delante de todos.

*—... que ha demostrado que hay personas dispuestas a defender a otras a toda costa, alguien que es un ejemplo a imitar por todos: la señorita Houseman.*

Las luces del escenario les enfocaron, Johnny hizo un gesto a Baby con la mano para que se aproximara, se colocó justo a su espalda y le hizo una caricia lenta a lo largo del brazo.

*Now I've had the time of my life No, I never felt like this before Yes, I swear it's the truth And I owe it all to you*

Bailaron juntos *Time of my life* con aquellos gestos tan íntimos, sin ocultarse, delante de todos. Lo hacían de fábula, no había mejor pareja. Johnny era sencillamente perfecto, Baby giraba y reía, encarnaba la auténtica imagen de la felicidad y, cuando él la alzó en volandas y la llevó al cielo, Milie subió con ella. Y cuando el padre de Baby se disculpó y dijo que estaba muy orgulloso de su hija, tuvo que recurrir —igual que todas las otras veces— a la caja de Kleenex para enjugar las lágrimas.

*You're the one thing*

*I can't get enough of*

*So I'll tell you something*

*This could be love*

Sí, eso era amor y lo demás, tonterías. Había visto *Dirty Dancing* al menos una docena de veces, la primera cuando la estrenaron en los multicines de Mumford, con George resoplando y los niños pidiendo palomitas y refrescos.

En cuanto salió en vídeo corrió a comprarla y la ponía solo cuando no había nadie cerca que pudiera distraerla.

El baile terminó con toda la sala en pie y los huéspedes del hotel bailando. Cuando los títulos de crédito aparecieron en la pantalla, Milie suspiró muy fuerte. Sobre la mesa tenía un plato con palitos de zanahorias y rodajas de pepino. Estaba sola, aquella era su cena y *Dirty Dancing* su plan del sábado noche.

George se había ido a la convención estatal de automoción. No regresaría hasta el lunes. Había hablado por teléfono con Jason, que le explicó cómo iban sus prácticas de navegación. Incluso Junior se puso al aparato y dijo que estaba «bien», que todo iba «bien» y que lo estaba pasando «bien».

Después de la conversación, no tenía nada más que hacer, así que se dio una ducha, se puso una combinación de satén que había comprado en un catálogo de venta por correo y que no usaba nunca; porque cuando llegó el paquete y lo estrenó, George no notó la diferencia ni hizo el menor comentario y ella se quedó compuesta y con cara de idiota.

Se había preparado el plato con lo que las revistas llamaban un aperitivo sano y bajo en calorías, y ella, una manera efectiva de quitarte las ganas de seguir comiendo, y había puesto la película. Eso fue sobre las ocho. Eran las nueve y media y sus planes de fin de semana habían terminado.

Cogió el mando a distancia y empezó a saltar de un canal a otro: programas de cocina, anuncios, concursos, retransmisiones deportivas, anuncios, noticias, anuncios, más anuncios...

Un representante de la Asociación Nacional del Rifle apareció en un *late show* defendiendo su derecho a disparar a todo el que entrase sin permiso en su casa y Milie recordó que no había echado la llave de la cancela. De día permanecía abierta y era George quien se encargaba de cerrarla cada noche. Se lo había repetido antes de marcharse: «Cierra todas las puertas. Asegúrate de que echas la llave».

Nada de: «Te echaré de menos, Milie, ¿por qué no vienes conmigo?». Ella tampoco lo había sugerido, ya sabía la respuesta: «Es trabajo. Solo vamos a hablar de coches. El primer día ya estarías aburrída».

Podía haber contestado que no notaría la diferencia.

Se levantó del sofá y se puso las chinelas, pero no se cambió. Total, iba a ser un segundo y estaba en su casa. Dio la luz del porche, abrió la puerta y se lo encontró de frente cuando iba a llamar al timbre.

Él se quedó con la mano suspendida en el aire. Ella no supo qué cara poner.

—Hola, señora Fortenberry. Milie... —corrigió.

—Josh... Yo iba, iba a... Iba a salir un momento —dijo tratando de justificar por qué estaba a punto de salir a la calle con lo que el catálogo de venta por correo describía como «delicada y elegante prenda lencera con la que convertirá en realidad las fantasías más sofisticadas y atrevidas». Luego recordó que no tenía que justificarse—. ¿Qué haces aquí?

Sonó brusca y un poco chillona. Él ladeó la cabeza. Podría haber dado la vuelta y renunciado, pero no lo hizo.

—Venía a contarle que el señor Munroe ha quedado muy satisfecho con el trabajo y ha prometido que traerá más clientes. Quería agradecerle su ayuda y se me ocurrió que podía preparar algo yo mismo. Es una receta familiar. Pensé que le gustaría.

Entonces se dio cuenta. Del recipiente que tenía en la mano y del olor familiar y especiado que provenía de ella. La desconcertó.

—¿Me has traído comida?

—¿Tiene algo de malo?

—¡No! No es eso.

La conmovía que se hubiera presentado allí con aquella ofrenda sencilla, pero difícil de rechazar. Olía tan bien que era complicado decir que no. Incluso aunque se estuviera tomando tan en serio la dieta.

—Sé que es un poco tarde, pero me llevó más tiempo del que pensaba cocinarlo. Es pollo frito. Hay suficiente para dos y puede guardarlo para otro día si el señor Fortenberry y usted ya han cenado, aunque es mucho mejor cuando se toma recién hecho.

—El señor Fortenberry está fuera y yo aún no he cenado —contestó Milie siendo absolutamente sincera porque los palitos de zanahoria y las rodajas de pepino no podían considerarse cena ni desvirtuando mucho la verdad.

—Estupendo entonces —dijo él humedeciéndose los labios.

Cogió el recipiente. Tenía razón, a juzgar por el peso, había suficiente para dos. Durante unos segundos dudó entre las dos voces en conflicto, la razonable, la que decía que le diera las gracias y se despidiera, y la otra, la que gritaba que, por el amor de Dios, no fuera idiota y no le permitiera escapar. La asustaba un poco esa voz. Así que hizo caso a una tercera: una buena anfitriona no puede dejar en la puerta a alguien que se ha presentado

con comida.

—¿Quieres entrar? Un rato solo. No esperaba visitas.

Josh sonrió. Acabaría con ella si seguía sonriendo así.

—Un rato estará bien.

Milie se esforzó por marcar distancias. Respondió con una sonrisa de compromiso, le franqueó el paso y le indicó la puerta del salón.

—Pasa y siéntate. Iré a por los platos.

Pero antes fue al aseo y se miró en el espejo. La combinación de tirantes de un blanco perla satinado dejaba al descubierto el nacimiento de los pechos y revelaba sus formas. De acuerdo, ya no tenía dieciocho años, pero aun sin sujetador, resultaban tentadores, como tentadora era la caricia del satén sobre la piel. Se miró a los ojos a través del reflejo. La melena corta y un tanto despeinada le daba un aire provocativo que hacía juego con la prenda. La mujer del espejo la retaba.

«No seas cobarde, Milie».

Fue muy breve. Enseguida sufrió otro ataque de sentido común. Ella no era Baby, era Milicent Fortenberry, casada y con dos hijos. Cogió una rebeca de detrás de la puerta y se la puso encima de la combinación. No se miró en el espejo para no comprobar que iba hecha una facha ni ver la decepción en los ojos de aquella otra Milie. Eso sí, su conciencia se quedó tranquila. Seguro que Josh desecharía cualquier pensamiento inapropiado cuando la viese con aquellas pintas.

Fue a la cocina, cogió los platos, las servilletas y los cubiertos y sirvió el pollo en una fuente. Olía de maravilla y tenía un aspecto estupendo: dorado y crujiente.

—Aquí está —dijo con su mejor tono de ama de casa, lista para servirlo en la mesa del comedor, pero se encontró con que Josh estaba acomodado en el sofá, viendo la televisión.

Se quedó con los cubiertos en la mano, indecisa en medio del salón. Él se echó hacia delante, pero no se levantó.

—Pensé que aquí estaríamos más cómodos. En serio, no hace falta tomarse tantas molestias. En casa lo comemos con las manos y lo cogemos directamente del plato. Así luego no hay que limpiar.

—Sí, claro... —admitió Milie y pensó que menos mal que no había sacado las copas y el mantel de hilo, regalo de su abuela Marjorie—. ¿Qué quieres beber?

—Lo mismo que usted.

—Agua —dijo Milie.

—Agua también para mí —contestó razonable.

Dejó la fuente sobre la mesita baja. Llevó una jarra con muchos cubitos de hielo y se sentó en el sofá manteniendo las distancias.

Él se fijó en la rebeca gris de punto y Milie lo notó.

—Tenía un poco de frío —dijo cerrándola más, aunque el día había sido abrasador y el calor aún cargaba el ambiente. Solo una ligera brisa entraba por las ventanas que daban al jardín.

—Aquí no se está mal —aseguró Josh con su peculiar tono cálido y susurrante.

Milie tiró de la combinación para intentar que le llegase a las rodillas, pero no lo consiguió.

—¿Empezamos? Se va a quedar frío.

—Usted primera. Y sea sincera. Si no le gusta, dígalo igual.

Cogió un trozo de pollo y le dio un bocado mientras él no le quitaba ojo de encima. Milie trató de concentrarse en la comida. Movi6 la cabeza, apreciativa. Estaba jugoso, en su punto, la carne se desprendía del hueso sin esfuerzo. Le dio otro bocado y le supo aún mejor.

—Está bueno —dijo pasándose la lengua por los labios, recogiendo los restos del gusto a especias—. Realmente bueno.

Tenía el toque justo de sal, la mezcla perfecta de picante y hierbas aromáticas. No era una receta original, pero estaba bien preparada. Eso y que llevaba tanto tiempo a dieta que cualquier cosa que tuviera harina y aceite le sabía exquisita.

Se comió el pedazo de pollo hasta dejar el hueso limpio y tuvo que contenerse para no chuparse los dedos.

—Hay mucho más —dijo Josh risueño.

—Oh, ya, sí... En realidad, no tengo mucha hambre. No debería...

—Coja este —dijo tendiéndole una alita y quedándose un trozo de muslo.

—¿Y quién te enseñó a prepararlo? ¿Tu madre? —preguntó recurriendo de nuevo a su rol de mujer adulta y atenta ama de casa.

—No. Fue mi padre. Lo hacía cuando había hecho algo que enfadaba a mi madre, como comprar un caballo de rodeo o tratar de ganar el torneo al mejor bebedor de Bourbon del condado. Decía que así hacíamos allí las cosas, al estilo de Kentucky.



La sonrisa de Josh era tan contagiosa que Milie se tuvo que reír, incluso aunque comprendiese muy bien a la madre de Josh. Y, por muy bueno que estuviese el pollo, no creía que fuera solo eso lo que le hiciese perdonar a su marido.

—Así que de allí es de donde vienes, de Kentucky...

—Eso es. De una granja en el condado de Bell. Para servirle, señora.

Milie volvió a notarlo, la intención con la que pronunciaba aquella palabra, la provocación, el tono íntimo...

«No pasa nada. No hay nada malo en charlar un poco. Solo mantente firme y comprenderá que no tiene nada que hacer».

En la televisión emitían una película. Milie no había prestado atención, pero se fijó en la pantalla para no seguir dando cuerda a Josh. Jessica Lange hacía de la esposa de un hombre mucho más viejo y Jack Nicholson era un empleado recién contratado.

Jessica estaba muy guapa. Si Milie se ponía optimista, habría podido afirmar que ambas se daban un aire. El pelo rubio, los rizos deshechos, una edad parecida... Le faltaba el carácter. A Jack no sabía qué podían haberle visto para darle el papel. Le resultaba tan poco atractivo como el marido de Jessica.

—¿Sabe, Milie? No he sido del todo franco antes.

Ahora que estaba empezando a concentrarse en la película...

—¿A qué te refieres?

—Sabía que su marido no estaba en casa.

Lo dijo claro, muy serio y mirándola a los ojos.

Se sintió confundida, también un poco herida, un poco tonta por haber creído en la casualidad, mientras él había dado por hecho que sería una presa fácil. La señora Fortenberry sola en su casa un sábado noche.

—¿Cómo...?

—No tiene ningún misterio. Estaba en el bar de Jerry y oí que lo comentaba.

Miró al frente, a la televisión.

—Esto no está bien, Josh. Deberías marcharte.

—¿Por decir la verdad?

—Porque no quiero tener esta conversación.

—De acuerdo, no hablaremos de ello, pero le diré lo que pienso. No la merece, Milie. No si no la hace feliz.

Le cogió tan de sorpresa que no supo qué responder.

—Pero ¿qué sabrás tú...?

Él no dio marcha atrás y ella se propuso demostrar que controlaba la situación, demostrarle que estaba equivocado y, ya de paso, demostrárselo a sí misma.

—Soy muy feliz y no tengo la menor idea de qué te hace pensar lo contrario.

—No era mi intención...

—Acabaremos de cenar y te irás —le cortó.

—Sí, señora —replicó él volviéndose hacia el televisor.

Se quedaron en silencio, contemplando la película con la tensión flotando en el ambiente. Algo de eso había también en la pantalla, una especie de corriente entre la esposa descontenta y el recién llegado. Cuando Jack se dedicó a espiar a la mujer de su jefe a través de la ventana iluminada del dormitorio, Milie llenó el vaso de agua y bebió para disimular.

—Pero me gusta, Milie, me gusta mucho. Y no me importa que esté casada. No me asustan los obstáculos y no soy de los que se dan por vencidos a la primera de cambio.

Se atragantó con el agua. Comenzó a toser y casi se volvió a verter el vaso encima. Josh se acercó y le dio algunos golpecitos en la espalda.

—¿Se encuentra bien?

—Muy bien —dijo alzando las manos para poner un poco de distancia entre los dos.

—¿Quiere más agua?

—No, nada de agua por ahora.

—Debería tomar algo para que pasara, ¿un poco más de pollo? —le ofreció solícito, acercándole el plato.

Cogió otro trozo solo para tener algo en la mano y para evitar responder. En la película, Jessica horneaba pan. Tenía la mesa llena de harina y las manos en la masa cuando Jack apareció de improviso. Él trató de besarla. Ella se resistió. Forcejearon.

La atención de Josh se desvió hacia la pantalla.

—¿Qué película es esta?

—*El cartero siempre llama dos veces* —aventuró Milie, que había reconocido el argumento de la versión de 1946 con Lana Turner haciendo de Cora y John Garfield de Frank.

—No la recordaba así...

Tampoco ella. Jack y Jessica ya no se peleaban. Es más, se besaban con pasión, con auténtica hambre. Se devoraban. Él la alzó y la tumbó sobre la mesa. Ella tiró todo lo que estaba a su alcance para tener más espacio, cuchillos, moldes, paños... Se puso perdida de harina.

Milie no recordaba haber visto nunca antes una escena tan explícita y descarnada. Él la acariciaba entre las piernas y Jessica le apartó para hacerlo ella misma. Muy pronto las manos de ambos se unieron igual de ansiosas.

Se sofocó. Le entró muchísimo calor. Tuvo que decir algo, cualquier cosa menos quedarse contemplando aquello con Josh a su lado.

—Está realmente bueno —dijo señalando el pedazo de pollo—. Tienes que darme la receta.

En el televisor, Jessica introducía la mano bajo el pantalón de Jack y manipulaba en su interior. Cuando Josh volvió a prestarle atención, tenía la mirada un poco velada.

—Es muy sencillo. Hay que dejar macerar las piezas en una mezcla de harina a la que antes le habremos añadido pimentón, pimienta, cebolla en polvo, ajo, estragón, tomillo, eneldo, curry... Y, si hay alguna otra especia que le guste, también puede usarla. Incorpore agua para ligarlo todo y procure que no quede ni muy espeso ni muy claro. Y no olvide la sal.

—Ajá —dijo Milie viendo por el rabillo del ojo las piernas de Jessica alrededor del trasero de Jack.

—Cuando vaya a cocinarlo, utilice la misma mezcla para el rebozado, pero sin agua, y fríalo en aceite bien caliente hasta que se dore. Si está crujiente por fuera y tierno por dentro, es que ya lo tiene.

Cambiaron las tornas, Jack se puso abajo y Jessica se subió encima. Gemía como una gata, incluso aunque no miraras era imposible ignorarla.

Los dos se volvieron hacia el televisor justo cuando él le arrancaba el vestido y la dejaba solo con la combinación, las medias y el liguero. Las manos de Jack apresaron los senos de Jessica y los apretaron con fuerza.

—¿Me lo darías por escrito? —solicitó Milie con voz trémula viendo a Jessica montada encima de Jack, empujando como una posesa contra él.

—Claro —dijo Josh con los ojos abiertos como platos.

Parecía que no iban a acabar nunca. Por fin Jessica se dio por satisfecha y besó a Jack transformada, toda suavidad, con besos húmedos y agradecidos, él correspondió igual o más tierno. Toda una escena de amor.

Milie y Josh se miraron.

—He olvidado algo —dijo él con la voz algo tomada.

—¿En serio? ¿El qué? —preguntó ella en un estado cercano al trance, como si no fuera del todo dueña de sus actos, como si aquella decisión que estaba a punto de tomar no le perteneciera.

—La receta... El secreto está en añadir a la mezcla un poco de azúcar y un toque de cayena.

—¿Azúcar y cayena? —repitió sin tener ni idea de qué le hablaba.

—Eso es —afirmó Josh con la vista fija en los labios de Milie—. Para que sepa dulce y picante a un mismo tiempo.

Era inhumano, completamente inhumano, seguir resistiéndose. Se abalanzaron el uno sobre el otro y se besaron con tantas o más ganas que Jack y Jessica. A Milie le supo aún mejor que la primera vez, mejor que aquella mezcla de especias al estilo de Kentucky. Era justo como él decía: dulce, intenso y picante y le entró tanta hambre que solo pensó en comérselo entero.

También Josh se dejó llevar por la puesta en escena de la película porque la cogió por las caderas, la levantó a pulso y la recostó sobre la mesita baja.

Tiraron al suelo el pollo, los vasos, las servilletas... Derramaron el agua.

—Oh, Josh...

—Oh, Milie.

Le quitó la rebeca a tirones y la dejó solo con la combinación. La acarició con el roce del satén, arrastró el borde por los muslos y lo subió hasta la cintura. La besó entre las piernas y las abrió más antes de encajarse contra sus caderas.

Milie se aferró a él como si se estuviera ahogando en medio del mar y Josh fuese el socorrista. Con el inconveniente de que la mesita de centro era bastante más pequeña que la de la cocina del *diner* y en uno de los vuelcos acabaron en el suelo.

—¡Ay! —gritó Milie cuando Josh le cayó encima.

—Lo siento —se disculpó quitando el codo de su estómago—. ¿Le he... Te he hecho daño? —rectificó.

Milie se incorporó y miró aquel desastre. Los restos de comida desperdigados, los cubitos de hielo formando un pequeño charco, ella a medio a desvestir y a Josh con marcas enrojecidas en el cuello y los labios arañados por sus mordiscos.

De perdidos...

—No ha sido nada —dijo lanzándose de nuevo a su boca.

Él respondió con el mismo ímpetu y ella no se quedó atrás. Se sentía poseída por el espíritu de Jessica Lange. Se subió encima de sus caderas y le alzó la camiseta. Josh le bajó la combinación y le besó y lamió los pechos.

—Me encantas, nena —dijo mirándola desde abajo como Milie no recordaba que la hubieran mirado jamás, ni cuando la nombraron reina de la belleza de Mumford, ni tan siquiera cuando George y ella lo hicieron por primera vez en el asiento de atrás de un Chrysler. Aunque, siendo honesta, aquello no contaba porque, además de que estaba oscuro, tuvo casi todo el tiempo los ojos cerrados. Ahora no. Ahora los tenía bien abiertos.

—Me pones a mil —aseguró él con voz ronca—. Vamos, dámelo todo.

Vaya si se lo dio.

Se le olvidó su marido, la diferencia de edad, las recomendaciones de las revistas femeninas acerca de cómo ser sexy y a la vez elegante en la cama...

Por suerte no estaban en la cama.

Estaban entre la mesa y el sofá, la espalda de Josh apoyada contra el armazón de piel, sus manos en el trasero de Milie y todo su cuerpo joven y espléndidamente firme para ella. Todo, todo.

—¡Jesús! —exclamó en éxtasis cuando lo tuvo dentro.

Prescindió de complejos y se movió sobre él tanto cuanto quiso, alternando los movimientos lentos con otros casi frenéticos, mientras Josh la miraba desatado y con un brillo salvaje en los ojos.

Hasta que dieron con el ritmo perfecto, justo esa cadencia, ese tiempo.

—Me voy a correr, señora —le advirtió con un punto perverso en su acento de buen chico.

Milie ardió en la hoguera que ambos habían encendido, pero antes de desfallecer, consiguió reunir la energía para dar una orden.

—Espera. Espera... un... poco... más.

La frase acabó en un grito. Llegaron al clímax juntos, tensos por el esfuerzo y bañados en sudor.

A Milie las fuerzas se le fueron de golpe, fue él quien continuó meciéndola, cada vez más despacio. Suave y dulce.

La emisión de la película se había interrumpido y en el televisor una mujer aseguraba que su colada era la más blanca gracias a determinado detergente. La brisa del jardín agitaba las cortinas y era como si nada hubiese cambiado, como si el mundo —el de Milie— no hubiese dado un vuelco.

—Uauhhh, ha sido... bestial —aseguró él.

Milie lamentó no fumar porque, si lo hubiese hecho, habría encendido un cigarrillo, habría soltado el humo sin prisas y habría contestado:

—Sí, no ha estado mal.

Pero como era tarde para caer en malos hábitos, sonrió, le besó en la comisura de los labios y susurró junto a su boca:

—Ha sido el mejor sexo de toda mi vida.

Casi notó cómo Josh aumentaba de tamaño, pero no le importó. Era la verdad. Sus relaciones íntimas con George habían pasado de la inexperiencia a la aceptable mejora, para desembocar —sin prisa, pero sin pausa— en la rutina y el desinterés.

—Me alegra oírlo, aunque yo ya sabía que sería fantástico desde el mismo instante en que te vi.

Ella arqueó las cejas e intentó poner los ojos en blanco.

—¿Desde que me viste?

—Sí, desde que te vi despeinada y con aquella bata rosa supe que eras puro fuego.

La miraba justo así, haciéndola sentir atractiva, deseable, poderosa... Traía consigo la causa y el efecto.

—Mírate, ¿qué hombre no se volvería loco por ti?

Comenzó a besarla en el hombro, en el cuello, en el nacimiento del cabello.

Milie no trató de contradecirle. ¿Por qué negar que fuera irresistible?

Huían en un coche estilo años cuarenta. Josh manejaba el volante, ella se aferraba al salpicadero y miraba las luces de la policía por el espejo retrovisor.

—No dejaré que nos separen, amor mío —aseguró él con determinación—. Permaneceremos juntos hasta el final.

—Pero, Josh —objetó ella muy preocupada—, no creo que esto sea necesario. Si hablamos con ellos y se lo explicamos...

Otro coche apareció cerrándoles el paso. Josh tuvo que hacer un giro brusco para evitar el choque frontal. Se salieron de la carretera dando tumbos.

—¡Deténganse! —gritaron por los altavoces—. ¡No tienen escapatoria!

Los reflectores de la policía iluminaban la noche y dejaban ver los acantilados cercanos.

—¿Estás conmigo?

Era tan guapo... Incluso el sombrero anticuado y el traje de hombreras anchas le sentaban bien.

—Hasta el final —dijo llevada por la emoción del momento.

Josh pisó el acelerador a fondo y se dirigió a toda velocidad hacia el precipicio.

—¡¡¡Espera!!!

Se despertó de golpe, con la sensación de vacío en la boca del estómago y el corazón a mil.

Fue un verdadero alivio comprobar que solo era un sueño, que estaba en su dormitorio, que hacía una preciosa mañana de verano y que el despertador señalaba solo las nueve y veinte.

No había nadie más con ella. Josh se había marchado a la una, tras protestar un poco y después de que le explicara que no estaba nada bien que se quedara a dormir, que necesitaba algo de tiempo para pensar —y si le tenía delante era imposible pensar—. Entonces él había usado la lengua para convencerla —pero no para hablar— y Milie había necesitado de toda su fuerza de voluntad para mantenerse firme.

Ahora comprendía por qué el sexo oral aún era delito en muchos estados.

Había pensado darse una ducha, pero, en lugar de eso, se había tumbado en la cama y revivido cada instante de la velada, hasta que la realidad se mezcló con el sueño y este se convirtió en pesadilla al incluir el argumento de *El cartero siempre llama dos veces* y a Josh y ella huyendo de la policía acusados del asesinato de George.

Se sintió tan descargada de un peso al comprobar que nada de eso había ocurrido y que George estaría tomando un desayuno continental en algún hotel de Huntsville que ni siquiera experimentó un poco de remordimiento. No, no había ocurrido nada irreparable. Nada de lo que lamentarse. Nada que no hubiese vuelto a hacer.

Acababa de bajar al salón y estaba poniendo un poco de orden, mirando con cariño las evidencias del arrebato de la víspera, cuando llamaron a la puerta.

No quiso hacerse ilusiones, pero en el fondo deseaba con todas sus fuerzas que fuera él.

Y allí estaba.

Con unos vaqueros desgastados que le sentaban de muerte, una camiseta

azul, el mechón rubio y rebelde cayendo sobre la frente. Y su inigualable sonrisa. Habría podido utilizarla para vender cualquier cosa, Milie la habría comprado.

—Buenos días.

—Hola, Josh.

—He traído el desayuno. Son galletas de avena.

Se quedó apoyada en el umbral, sin decir ni que sí ni que no. Él adivinó lo que pasaba por su cabeza.

—Te lo dije. No soy de los que se desaniman así como así.

Ella continuaba en silencio y él insistió.

—¿No vas a probarlas?

Cogió una y le dio un bocado. Estaban dulces y crujientes. Perfectas.

—Cocinas muy bien.

—Hago muchas cosas bien, pero las galletas las he comprado en la panadería de la esquina.

La hizo reír.

—He venido en la moto. Pensé que podríamos ir a algún sitio bonito y pasar el día juntos.

Fue una decisión no meditada. Una apuesta a ciegas.

—Iré a cambiarme. Espera aquí.

Subió al dormitorio. Se puso un vestido negro de cóctel sin mangas, ajustado al talle y con el largo justo por encima de la rodilla. Cogió el bolso, las gafas de sol y un pañuelo para el pelo. Se miró en el espejo y se encontró estupenda.

Cuando ya se iba, vio el teléfono. Tampoco lo pensó demasiado. Al margen de lo que ocurriera con Josh, era una decisión tomada. No había vuelta atrás.

Marcó el número del hotel de Huntsville y preguntó por George. La dejaron en espera y respondieron al cabo de un par de minutos.

—¿Eres tú, Milie? ¿Qué pasa? ¿Les ha ocurrido algo a los chicos?

—Los chicos están perfectamente. Se trata de mí, de nosotros.

—¿De nosotros? ¿Y qué es tan importante? ¿No puedes llamar un poco más tarde? Me están esperando para cerrar una venta y...

—No te entretendré mucho —le interrumpió—. Solo quería decirte que voy a pedir el divorcio.

—¿El divorcio? Vamos, Milie, no tengo tiempo para bromas. ¿Qué te



ocurre últimamente? Tendremos que hablar muy en serio en cuanto regrese a casa.

—Es posible que no esté en casa cuando vuelvas. Aunque pienso reclamarla. Mi padre nos prestó el dinero para pagarla y aún no se lo hemos devuelto, así que creo que lo más justo es que me la quede yo.

—Pero ¿se puede saber de qué estás hablando?

—Y también pienso que es mejor que te ocupes de los chicos. Por un tiempo. Sería un cambio demasiado brusco para ellos y necesitan estabilidad. Os vendrá bien a los tres, podréis conocerlos mejor y yo estaré siempre que lo necesitéis. Llámame y nos organizaremos.

—¿Te has vuelto completamente loca?! Escucha, ¿esto es por Janet? ¿Te ha dicho algo ella? No creerás en serio que Janet y yo...

—Y en cuanto al concesionario —continuó sin prestar atención a sus explicaciones—, vamos al cincuenta por ciento. Quiero ver los gráficos de ventas y los balances y espero que me consultes cualquier decisión que pueda afectar a los resultados. Creo que eso es todo por ahora. Ya discutiremos los detalles. Que pases un buen día, George.

Colgó el teléfono y lo ignoró cuando comenzó a sonar casi de inmediato, pero tampoco sintió remordimientos por no atender la llamada. No es que pretendiese echar toda la culpa a George, seguro que ella también había tenido buena parte de responsabilidad por conformarse solo con quejarse y no hacer nada para mejorar su vida.

Pero eso iba a cambiar.

Josh estaba fuera, esperando junto a la vieja Harley.

Tampoco entraba en sus planes montar en moto con un vestido que había costado doscientos dólares.

Él silbó admirativo cuando la vio con las sandalias de vértigo y aquel vestido elegante.

—Señora... —dijo al mejor estilo del sur. Dulce. Cálido.

—Tengo una idea mejor —dijo Milie refiriéndose a la moto y mostrando un llavero con el anagrama de Ford.

El azul de los ojos de Josh se aguzó brillante.

—¿Estás segura?

Milie sonrió.

—Muy segura.

Entraron juntos al garaje. Cuando Josh vio el Ford Mustang descapotable

volvió a hacerlo, a mirarla de ese modo.

—¿Sabes lo que pensé la primera vez que vi este coche?

—No, pero dímelo.

—Pensé en ti y en mí. En nosotros haciéndolo encima del capó.

—¿Encima del capó? —repitió sufriendo una súbita oleada de calor—. No estoy segura de que se pueda.

—Apostaría algo a que sí...

Apoyó la mano en su trasero, la besó y la fue inclinando poco a poco hasta que su espalda topó con la chapa rojo fuego del Mustang.

Milie tuvo que darle la razón.

Sí que se podía.

El viento hacía ondear las puntas de su pañuelo. Las gafas evitaban que el sol la deslumbrase. Josh conducía y en la radio sonaba Whitney Houston.

*Oh! Wanna dance with somebody*

*I wanna feel the heat with somebody*

*Yeah! Wanna dance with somebody*

*With somebody who loves me*

Se sentía feliz, joven, sin preocupaciones. No la inquietaba el futuro. Ya decidiría más adelante. Por ahora, todo cuanto quería era exprimir aquella radiante mañana de verano de 1988 y sacarle hasta la última gota de jugo.

Josh le sonrió cómplice y ella le devolvió la sonrisa.

*Don't you wanna dance? Say you wanna dance*

*With somebody who loves me*

Sí, eso también formaba parte de sus nuevos planes.

Bailar con alguien que la quisiera.

Prueba todos los sabores de la minicolección **Recetas para subir la temperatura:**

ERIKA FIORUCCI, *Al plato vendrás, almeja*

IRENE MENDOZA, *Con mucho amor y mucho limón*

MAYTE ESTEBAN, *Comer y amar, todo es empezar*

CLAUDIA VELASCO, *De postre, tú*

MARISA SICILIA, *Dulce y picante... como tú*

CARLA CRESPO, *Con sabor a beso*

MEG FERRERO, *Las manos van al pan*

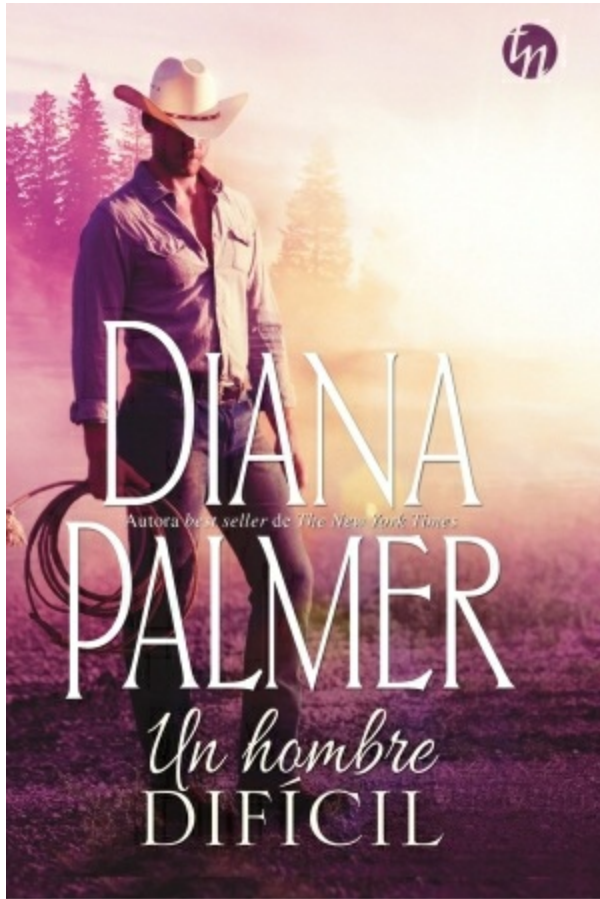
MIMMI KASS, *Refréscame*

OLGA SALAR, *Sushi para dos*

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atraparé desde la primera hasta la última página.



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)



# Un hombre difícil

Palmer, Diana  
9788413075334  
288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".The Romance Reader"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con  
un extraño**

e<sup>lit</sup>



# Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

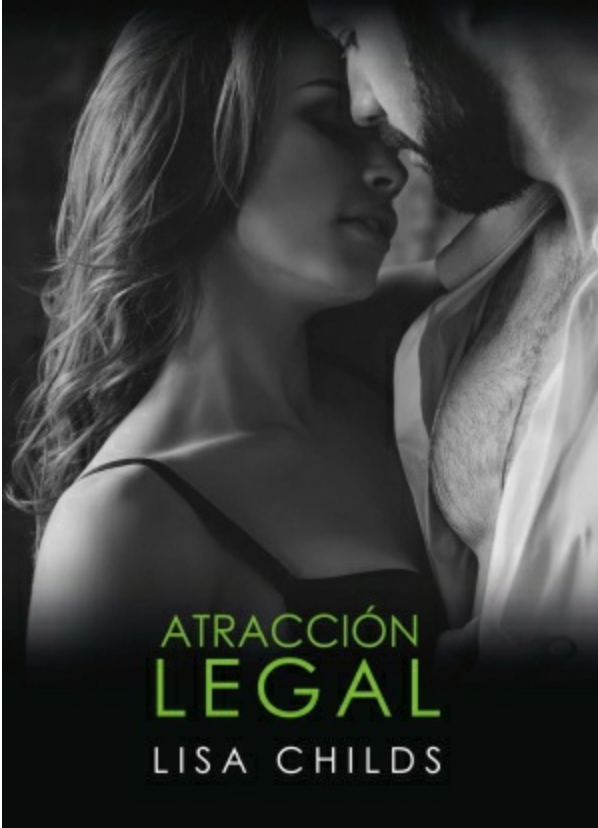
Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN  
LEGAL  
LISA CHILDS

# Atracción legal

Childs, Lisa  
9788413075150  
224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

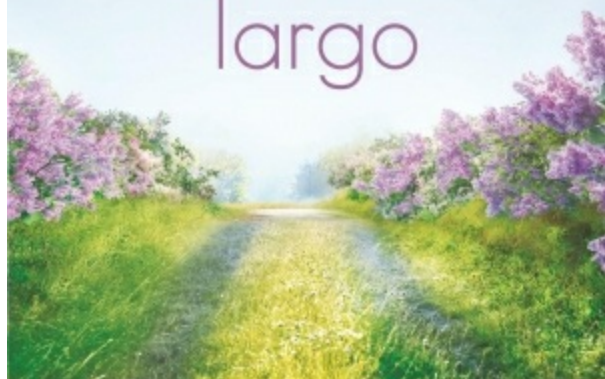
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

*Autora best seller de The New York Times*

# SHERRYL WOODS

el viaje  
más  
largo



# El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee  
DESEO MEDITERRÁNEO

# Deseo mediterráneo

Lee, Miranda  
9788413074993  
160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)